

POETRY III

Xabier Galarreta



Lege-Gordailua: SS-199/06

La primera vez que estuvimos juntos
quedamos prendidos y luego
no quedó nada solamente



una leve desesperanza
y tu sublime cara de pollo
De veras
aún recuerdo cómo tu luz
cegó mis ojos y el caso es que no estoy seguro
si se debió al pollo
o a tu belleza inaudita
pero ¿y quién lo sabe?
Mira, es mi sociedad
es mi tiempo
mi lugar
mi laberinto
y yo te tengo
a ti
y tu me tienes
a mi
y tu cara de pollo
es un estúpido
mensaje que me recuerda
aquello que nunca
debiera haber olvidado...
La nada que somos
la crueldad de nuestras intenciones
bienintencionadas

y en definitiva aquello que nos reporta
una mayor felicidad en base
al valor y al peso de la mercadería que
en mayor o en menor medida
somos todos.

Ven, apúntate a la fiesta. Es una orgía con vino, sexo y canciones.



Resuenan melodías
alejadas y otros habrán
que sufran su distancia.
Ven, apúntate a la
fiesta y no dejes que
el temor te confunda.
Lo caro de la vida
más caro te lo harán
pagar si abandonas
ahora.
Más allá del límite,
solo la naturaleza.
En el follaje,
entre sueño y sueño
reza tu plegaria
de vino y recuerdos.
Ven, amigo,
despierta a esta nueva
realidad
y no vuelvas

la mirada sino al punto en que la X y la Y –las grandes Coordenadas– te indican
el camino más allá del Bien y del Mal. Bienvenido.

Cruel dios anclado en mi mirada, extravagante
incluso en la locura infinita que desborda las fauces,



el terror más allá
del poder que emana
la clara distinción
de lo divino.
Aquí abajo todo
es siempre lo mismo.
Tu canibalismo hace ya
tiempo que lo hicimos
nuestro
y no somos sino
el reflejo de lo que
tú eres. Nosotros,
tus fieles hijos e hijas,
nos lo hemos devorado
todo, e incluso el recuerdo
de ti nos lo comimos.
Saturno, vejete simpático
y olvidadizo, somos nosotros,
¿recuerdas? nos regalaste
un tren eléctrico allá por la Navidad...
Saturno, tu locura es caduca
y tienes ya el alma cansada
de tanto devorar y esperar tanto
para nada. Ese bocadito es de
lo último que podemos ofrecerte.

Luego, la luz se apagará y tú no serás ya
jamás quien otrora fuiste. Y tu extinción
será, tal vez, la nuestra, seguro...

Las piedras lucen sus sueños prolongados en el pasado; llaman desde un lugar que representa la fauna de lo inmóvil. La mirada estéril y misteriosa



arroja al mundo su pregunta y toneladas de silencio pétreo responden a la nada. Mientras la mirada salta de una piedra a otra, la tarde resbala lentamente entre los escalones, y unas discretas lagartijas

expresan su profana alegría ante lo irremediable, el transcurso que nos aleja y acerca desde el principio al fin. Resuenan en las piedras callados susurros, y el viajero siente, por un instante, la inutilidad del viaje, la extinción sentada ahí, en el escalón carcomido por el tiempo, mirádonos, con aburrida resignación.

La mirada flota mágica y perdida y la noche rodea con sus guiños de estrellas la figura
pertrecha del valiente guerrero. Nada indica temor, más allá de las sombras de la vida y

y de la muerte,
recuerdo, de un
promesa. El
en su pasado mira
le ofrece el futuro
enemigo sino al
implacable del
hombre, del ser
humano que tal
suelo moribundo
en sus entrañas y
contemplando
muerte, su
Despiertan al
trompetas y
al saludo de los
los tambores
la pálida brizna

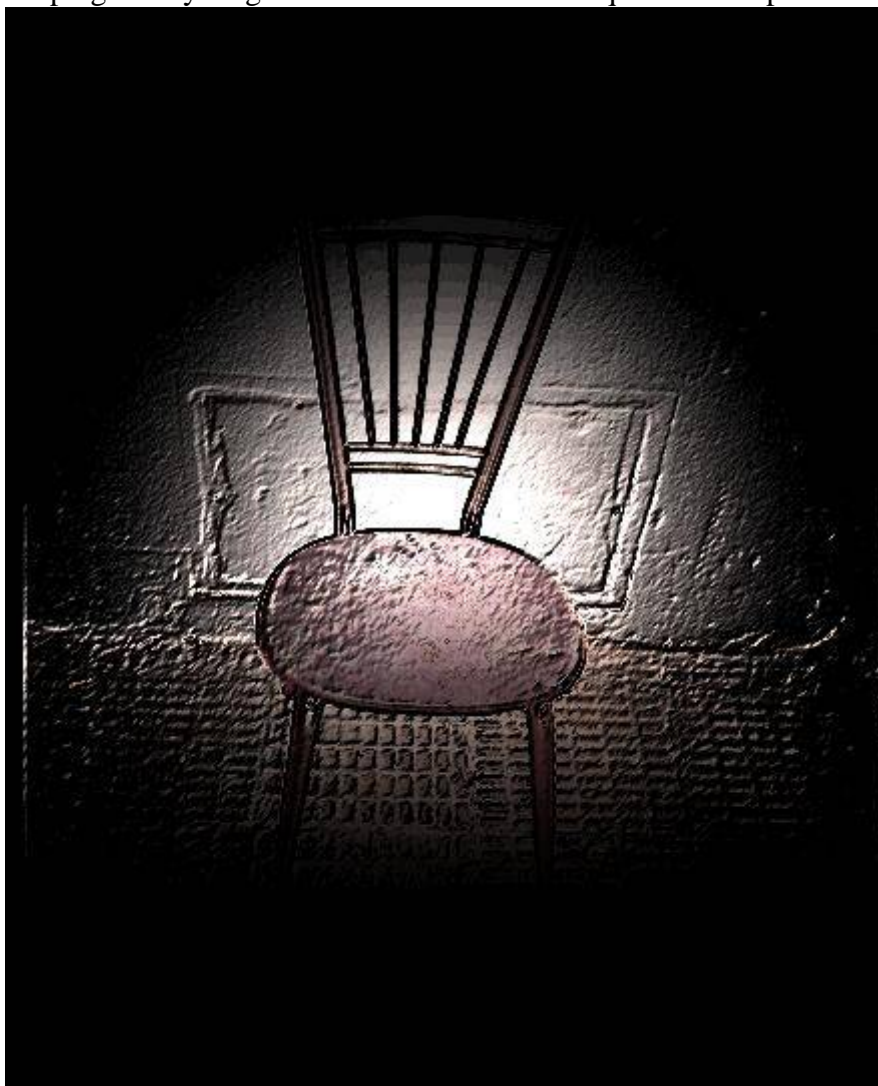


más allá de un
beso, de una
guerrero anclado
hacia la nada que
y no ve ya a un
destino
soldado, del
quedamente
vez yacerá en el
una lanza clavada
el mundo
indiferente su
agonía.

silencio las
tubas. Despiertan
primeros rayos y
hacen estremecer
de las hierbas del

prado que se apresta a dar un último lecho y agasajo a quienes caminan ya hacia la nada
eterna, patria del olvido, camastro de la historia de todas las historias, vidas
arrinconadas en un trozo de pérgamo o en los restos del hierro esculpido bajo el griterío
alegre de la ciudad, lejos, muy lejos de donde se desarrolla la verdadera encrucijada del
guerrero, tú, yo y al mismo tiempo nadie, y todos y ninguno.

Ahora es el final. Estamos ahí sentados, aguardando primero las preguntas y luego el veredicto. Y sabemos que estamos perdidos. Pero



es igual. Ya no tiene importancia excepto por el viaje que pronto arrancará de nuestras antiguas vidas. Y nos sentamos silenciosos ahí, en la silla fría y oscura. Más allá de la vida. Incluso, cruzada la oblicua raya de la muerte. Es el final y es el principio. Pero nuestro cuerpo tiembla al pensar en la poca clemencia que tuvimos y cómo ahora nos la van a aplicar a nosotros. O tal vez sea mucho mejor que todo eso. Más allá de la bondad o de la

crueldad. Acaso haya esperanza aún. No lo sé. No lo sabe nadie cuando se está sentado ahí, en la silla, aguardando las primeras preguntas del interrogatorio. Lo único que sabemos es que se dictará un juicio y tal vez por primera vez se nos hará justicia. En nuestra tumba, indiferente y frío, yace el envoltorio de lo que otrora fuimos.

Los frutos de la pasión y del olvido cuelgan desafiantes del árbol de la ciencia. Reminiscencias de un pecado que nos da la risa –¡llevamos cometidos



tantos!–. El árbol y el cielo como una amenaza pero y también como una esperanza. Qué podíamos hacer sino alzar la mirada y observar los maravillosos frutos y escuchar su llamada... Bastaba con levantar el brazo y los teníamos ahí todos. La tentación forma parte del carácter divino de cuanto

nos rodea. ¿También el Creador estuvo tentado en su momento...? ¿Y qué habría sucedido si en vez de sucumbir a la tentación –de crearnos– nos hubiese arrojado a la rectitud y al olvido? Afortunadamente, incluso a Dios le gusta la poesía.

Su mirada irrumpe de imprevisto atravesando el muro de las
incomprensiones. Preguntas con respuestas calladas. Una tristeza fingida. En realidad,



todo cuanto
silencia es su
verdadera
respuesta. El
rostro y el
muro se
funden en un
solo pintado al
través de la
luz, se
difuminan y
acaban
formando parte
el uno del otro,

rostro y muro, inseparables y a pesar de todo constituyendo un solo cuerpo,
material e inmaterial al mismo tiempo, la mirada fija en los dos
clavos que alguien insertará en sus pupilas y de los que colgarán dos
horribles –o bellos– cuadros. La mirada te abre por dentro como un
abrelatas. Y tú entonces miras también, y caes y resbalas hacia el interior
del agujero, de la mirada, de tu sueño –o del suyo–. Recorres el infinito
con tu nuevo par de alas.

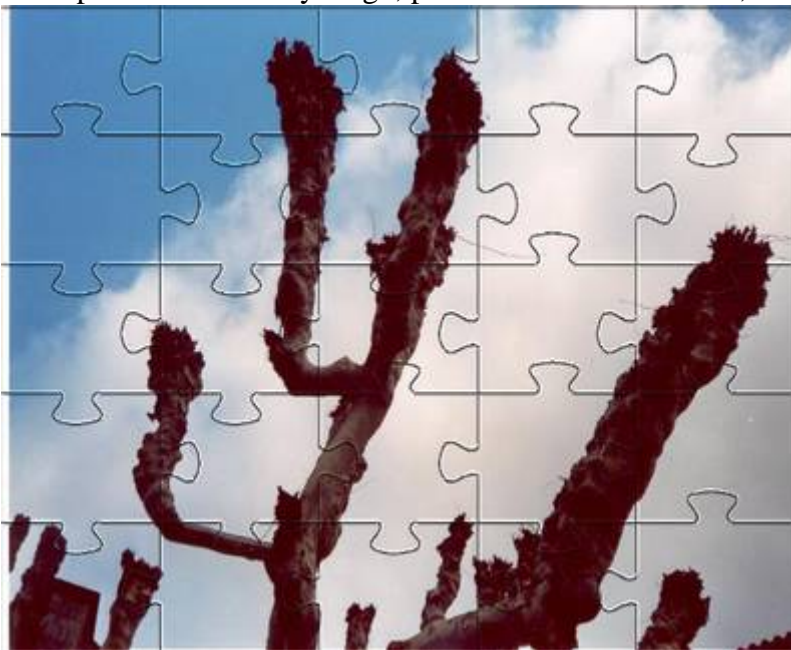
La simplicidad de lo complejo. Parece tan sencillo...



Y sin embargo, tienes que tener cuatro años para conseguirlo. No tiene brazos ni manos ni dedos ni cuello ni... Pero lo tiene todo. Hablo de mí, yo, el dibujo, y te lo digo a ti, reflejo de mi dibujo. Cuando te mires al espejo fíjate bien a ver si te falta algún brazo, una pierna, los deditos... Mírame bien y dime si yo no soy tú, todos... No tengo manos pero puedo abrazarte; no tengo dedos pero puedo darte un buen pellizco. La lámina de dibujo se ha difuminado en un punteado febril. De cada uno de esos puntos surgirá un nuevo dibujo como yo, idéntico a mi mismo y por tanto a ti. Sólo me da miedo el agua. Me disuelve. Otra forma de morir, de desaparecer. Eso y el tiempo. Que borrará mi dibujo, lo extraviará y destruirá. Y al hacerlo otro tanto hará conmigo. Y contigo. Mira, incluso mis cuatro años han comenzado ya a diluirse. ¡Bueno, pues que venga el agua y me

disuelva! No será tan malo, digo yo...

El cielo es un puzzle. Está muerto. El cielo brilla con rabia en su primer momento y luego, para cuando te das cuenta, es sólo



un trozo de carne muerta de color azul y blanca. Y de la tierra surgen unos dedos negros, amorfos, terribles, como si quisieran meter sus horribles dedos en los ojos del cielo y romper las nubes y rasgar el velo de Dios. Entonces, viene la segunda parte del milagro. El puzzle. El cielo se descompone y las nubes y el aire y los dedos y la tierra entera se convierten en un puzzle inanimado, inmóvil.

El problema vendrá luego, cuando un niño lo vea y lo convierta en su juguete y al final... pierda alguna de las piezas (si es que no las pierde todas).

Un pensamiento se nos ha escapado. Ha trepado desde nuestro cerebro y se ha lanzado a la conquista



de la nada y del aire y del espacio y de los lugares anclados en medio de un mar de nubes blanquecinas. Un pensamiento que en sí es un juego. Arranca de un principio y como una trufa gigantesca arremete contra el cielo en un acto de impiedad y desafío. El pensamiento-árbol o el árbol-pensamiento tiene un no sé qué de petrificación hacia el olvido y un claro instinto destructivo hacia sí mismo, como árbol y como pensamiento. En cualquier caso, y ya a estas alturas, queda claro que no es un árbol ni tampoco un pensamiento. Así son las vidas de los seres humanos. No sabemos a ciencia cierta qué o quiénes somos. Arrancamos hacia el olvido con esa misma falta de esperanza y orgullo atropellado, como si quisiéramos expresar tantas cosas que se nos mueren en los labios y apenas llegan a gotear como el rocío en las ramas o la lluvia adherida al tronco del pensamiento-

árbol, así de su vestido se tratará. Miramos hacia lo alto y vemos cuánto ha crecido aquella idea que tuvimos hace sólo un instante. Ya no se puede parar. El pensamiento ha huido y nosotros yacemos aquí para siempre, atrapados en las raíces de nuestra intencionalidad.

Dame tu palabra. Déjame que me guíes. Es tan cómodo y tan fácil



dejarse llevar.
No pensar en ninguna decisión.
Todo queda en tu mano.
Eres como un pastor o un dios de duendecillos que juegan traviesos en los bosques.
Y entonces tú llegas y se acaba la diversión.
Ordenanzas, leyes sagradas, normativas de escrupuloso cumplimiento y una infinidad de obligaciones.
Pero lo admito, es tan cómodo, es tan sencillo dejarse llevar, renunciar a las decisiones, al pensamiento propio, y declararse en “huelga de pensamiento”.
Ésa es la gran ventaja de tener un dios omnipresente, un pastor que se ocupe de uno.

Así no es necesario más que una cosa: saber rezar.
Y darse al olvido... hasta el día final.

Llega la noche y peina las terrazas de París.
Nos quedamos ahí con un vaso vacío y pensamos



nos han dejado tan solo el recuerdo de
una terraza deforme en un París lejano
y frío.

que también nosotros
estamos un poco vacíos.
Y cansados. Un cansancio
de aspecto milenario, como
si nos hubiésemos
pasado no un día entero
caminando sino mil años.
O más...
En la terraza ya no queda
apenas nadie. Sólo la
noche y algunas parejas
que rápidamente se
pierden en los soportales.
París queda lejos y su
recuerdo resta deforme
en nuestros cerebros.
En realidad, nunca fue
lo que pensamos que era.
Más bien, fue lo que
deseáramos que fuera.
Y nuestros deseos,
ahora ya finalizados,

Ahí están los contadores de nuestra energía. Cada paso que damos, cada bocanada de aire que respiramos, cada parpadeo y cada



pensamiento quedan registrados en los contadores de La Fábrica. No son nuestros. Los contadores. No son de nuestra propiedad. Funcionan en préstamo. Mientras nuestro cuerpo consume energía quedan adjudicados en préstamo. Luego viene el instante de la transformación, de la nada, del todo. Hay quien piensa que los contadores mueren con

uno mismo. Se engaña. Los contadores no mueren nunca. Ya de nuevos tenían ese mismo aspecto destartado. Pero siempre, siempre, su ruedita, permanecerá en perpetuo movimiento. Sea para nosotros, sea para el Sustituto, sea para La Fábrica... No sé quién es más misterioso, si nosotros o ellos, los contadores.

Yace ahí desnuda nuestra sensualidad, nuestra rabia,
nuestra pérdida, nuestro deseo, nuestro pálido erotismo...

Yace ahí como un cuerpo arrojado por una ola, sólo que



no ha ido a parar
a una playa sino
al saloncito de nuestra casa.

Y ahora está ahí. Inmóvil,
complaciente, resignada,
excitada, indiferente...

¿Cómo saber lo que los
muros ajenos guardan?

Es una fantasía encerrada
en los límites de la realidad
virtual a la que nuestro
cerebro tan proclive es.

Ella resta ahí, inmóvil, y no estamos

seguros de si quien yace ahí no es acaso nuestra
sensualidad desnuda, nuestra rabia erotizada,
nuestro deseo perdido, nuestro erotismo pálido...

Pero su cuerpo yace ahí, tal vez arrojado por una ola.

Las extrañas estatuillas rusas una
y mil veces talladas y una y mil veces



siempre repetidas,
hasta el hartazgo, pero
imprescindibles en su
monotonía repetitiva,
al igual que sucede con
los seres humanos
de quien parece se hayan
clonado en su talla
embrujada.
Cada una de ellas desvía
levemente la mirada,
excepto la mayor,
que nos ha descubierto
y redobla la fuerza
de sus ojos y ya es
imposible escaparse.
¡Así es como las fabrican!
Una te mira y estás perdido.
Mañana serás una de ellas.
Y quedamente, en silencio,
se reagrupan, cumplido el fatal
hechizo, buscando el resplandor

familiar ya perdido, desvanecido
para siempre. Están ahí, del mismo
modo que un día, nosotros, estuvimos
aquí.

El diablillo sueña despierto y su malvada
sonrisa es clara señal: ya sabe de su próxima víctima.



Su amo, el gran Lucifer,
estará orgulloso de él
y aventura colosales
éxitos en su carrera por
el escalafón.
El diablo sueña despierto
y nosotros somos el
tema de su sueño.
Al verlo un escalofrío
recorre nuestra espina
dorsal y miramos a nuestro
alrededor
en busca de una posible
vía de escape. Pero estamos
atrapados en el sueño del
malvado diablillo.
Somos el tema, los protagonistas
de su sueño.

Y vayamos a donde vayamos, su tiranía
siempre nos alcanzará y por eso rezamos
–si es que eso es rezar– en aras del instante
en que despierte de su sueño y nos conceda
un nuevo plazo, aunque sólo sea de unas pocas
horas, que aprovecharemos para reponer fuerzas
y... echar una cabezadita.

Ella ríe o simplemente enseña los
dientes. Se lo he preguntado mil veces



pero nunca ha querido
–o ha sabido–
responderme.
Así, atada,
es como un pensamiento
asido a la viga del techo,
atrapado en el infinito
espacio de un cerebro.
Le pregunto si ríe
o simplemente
enseña sus dientes
con o sin mala intención.
No lo sabe nadie,

ni ella misma, ni yo. La veo así,
atada a esa tensión. Y para cuando
me doy cuenta siento en mis muñecas
el calor de la cuerda, mientras mi
pensamiento se desata y alza el vuelo
libre de mil y una ataduras.

Los objetos exóticos tienen también una mirada que se proyecta sobre nosotros. No es solamente nuestra mirada la que



recae en ellos.

En realidad, no estamos seguros de quién es el observado, el ser exótico. Son los restos de un viaje realizado a ninguna parte, desde ningún sitio, como una reivindicación de la más absoluta inamovilidad.

En el fondo, lo que todos intuíamos: no sirve de nada trasladarse, el teatro es el mismo, sólo varía el escenario. Y de cuando en

cuando, alguien da por finalizada la función, incluso la temporada de la representación. Y vendrá, tal vez, una obra nueva, con, tal vez, nuevos actores y actrices. Pero el lugar, la escenificación, el teatro en sí, permanecerá ahí siempre, como un planeta anclado a su órbita espacial, o como una nube atrapada para siempre en la mirada de quien supo mirarla.

La fantástica nave muestra orgullosa sus coloridas piezas de metal estelar. Todo está listo para el gran viaje. Sueñan unos



y otros con el primer elemento, con la primera piedra y el primer temblor de vida. Analiza cada átomo espacial y mientras llega la hora espera, dentro del inescrutable artefacto, tan hermético al exterior como la infancia para el adulto. Tal vez sea una fábrica de sueños, o de chocolate y golosinas... Dentro, el mago de hoz prepara sus hechizos, la espada mágica que se hundirá en la piedra, el oráculo saca brillo a sus lentes y Gepeto acaba de reinventar a su pinocho. El cuadro de mandos se ilumina con infinitos botones, las salas de la nave –nadie consiguió

contarlas todas– brillan con luz metálica, y ya el maravillo invento parte hacia la conquista de sí mismo, que es la mayor de las conquistas, y la más imposible.

Es un stop inevitable. Un stop
doble y dividido pensado para nuestra confusión.



Esta ahí en un lugar hacia
alguna parte
pero más allá de los caminos
de tierra.
Ya hemos muerto,
dejado atrás el dolor,
la impotencia, la rabia,
el miedo, la tristeza...
Vamos ahí con nuestro aspecto
fantasmal hasta que nos topamos con
esa también fantasmal indicación.
Stop. ¿Será un indirecta...?
pensamos con cierto buen humor.
El caso es que está ahí.
Con su aspecto fosforito.
Por un momento, nos preguntamos
si no debiéramos habernos detenido
mucho antes. “Y ahora ya que importa”
nos viene a insinuar nuestro ignorado yo.
Y echamos a andar,
“¿qué mas puede pasarnos ahora que hemos muerto?”
Se nos escapa una risita con sabor aún a muerto
(el tufillo tarda un tiempo en disiparse del todo).
Y ahora sí, ahora ya estamos preparados. Y lo
comprendemos todo enseguida: una
vez llevada a cabo la primera transgresión que es la
muerte –la de uno mismo–, ese Stop
no es sino una invitación a continuar el juego,
la soberbia e inexplicable transgresión,

única explicación al misterio
de cuanto nos rodea.

Y así pasamos de largo, sin
llegar a apercibirnos de la
ventana reflejada.

No había duda. El váter habrá cobrado vida... o algo parecido. Una luz surgía del fondo del meadero. Estaba a punto de



suceder algo grande pero no sabía qué. En principio era un váter como otro cualquiera. Pero esa luz... Parecía sobrenatural. ¿Sería acaso un mensaje divino? ¿sería tal vez un instante de inspiración a punto de serme revelado? ¿o era quizá un nuevo sistema de fibra óptica patentado por los bancos para hacernos llegar sus extractos de forma que al mismo tiempo tuviesen un doble uso...? No lo sabía, pero sólo era cuestión de tiempo averiguarlo. Miré hacia el fondo del túnel y me pareció que todos mis pensamientos caían por él. Incluso los ojos sentí por un momento saltar de sus órbitas y desaparecer por aquel... ¡túnel del tiempo! ¡agujero negro! Sí, sí. Eso tenía que ser. ¡Qué tonto! ¡cómo no me había dado

cuenta antes! ¡Un agujero negro! ¡en mi casa! ¡todo para mí!
Era sensacional. Era... ¡la hostia!